

LETRAS

LETRILLAS

L&TRONES

92

LETRAS LIBRES
DICIEMBRE 2012

POLÍTICA

LO QUE MOREIRA NO QUISO DECIR

✎ JORGE FERNÁNDEZ MENÉNDEZ

¿Cuánto dinero genera el crimen organizado en México? ¿Cómo se lava, se legaliza, ese dinero? ¿Cómo funciona realmente la operación de los grupos criminales que permiten que, mientras las fuerzas de seguridad federales o locales están ocupadas persiguiendo pandillas, por los puertos, las fronteras, por las carreteras, ingresen miles de millones de pesos que no se sabe dónde terminan?

En realidad nadie tiene respuestas a esas preguntas. Hace poco más de un año, el Departamento del Tesoro estadounidense y la Secretaría de Hacienda realizaron un estudio conjunto sobre el lavado de dinero en México en el que concluían que el crimen organizado generaba en nuestro país entre 19,000 y 29,000 millones de dólares anuales. Si un estudio tiene un margen de error de 10,000 millones de dólares no sirve para nada. Hace ya unos quince años entrevisté al entonces zar antidrogas de la Casa Blanca, Barry McCaffrey, que me decía lo mismo que podría decir hoy su sucesor, Gil Kerlikowske: que, con cifras conservadoras,

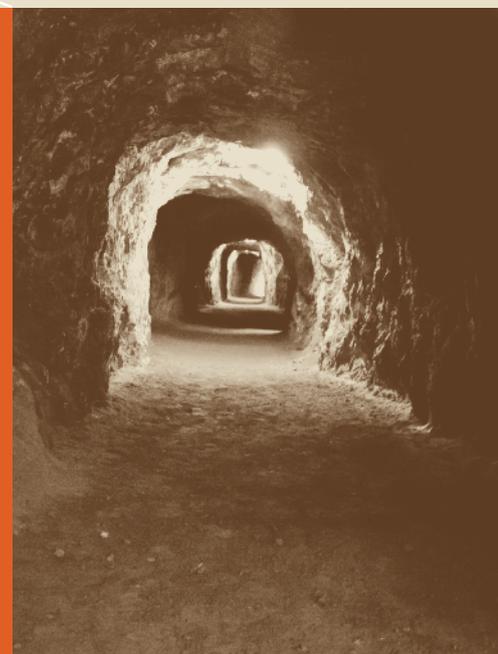
el tráfico de cocaína generaba en Estados Unidos unos 60,000 millones de dólares anuales y que, de esa cantidad, cerca del 90% se quedaba en el propio sistema financiero de la Unión Americana. ¿Quién puede certificarlo?

En toda la historia sobre el crimen organizado y las drogas falta siempre un componente básico, siempre existe una pregunta que no se responde: ¿cómo se convierten los recursos que genera el narcotráfico en recursos legítimos, cómo se transforma la violencia irracional en una fuente de poder legítimo? Podemos suponerlo, pero en realidad no lo sabemos: sabemos que pasa por redes de protección y de colaboración económica y política, pero no terminan de estar definidos sus espacios y sus canales.

Destruído por el dolor de la pérdida de su hijo mayor, José Eduardo, el exgobernador de Coahuila y ex-presidente nacional del PRI Humberto Moreira hizo una serie de denuncias públicas sobre las complicidades que llevaron al asesinato de su hijo. Varias eran previsibles: policías coludidos con políticos locales; una venganza contra su familia por el asesinato de un sobrino de Miguel Ángel Treviño, “el Z-40”, uno de los jefes de una de las dos fracciones en que se han dividido los Zetas (el otro, Heriberto Lazcano, fue aparentemente

muerto apenas unos días después de esas declaraciones); incluso algunas acusaciones solapadas de falta de protección familiar contra su sucesor y hermano, Rubén. Pero lo que más llamó la atención fue que aseguró que Heriberto Lazcano vivía en Progreso, donde fue abatido, y que era minero. “Deben investigar a los nuevos mineros de la región carbonífera de Coahuila. Hay empresarios que les compran el carbón a los narcotraficantes. Heriberto Lazcano se convirtió en minero. Ese es el nuevo negocio del narco en Coahuila”, dijo Moreira. Ahora Moreira alista una denuncia ante la Procuraduría General de la República contra los empresarios Santana Armando y José Luis Guadiana Tijerina por su presunta relación con el crimen organizado.

Los hermanos Guadiana Tijerina son empresarios de la región carbonífera del estado, y sobre todo José Luis es muy conocido como criador de toros de lidia y empresario taurino. Según abogados de Moreira, “entre los documentos que se presentarán a la autoridad como pruebas están grabaciones de gente cercana a los hermanos Guadiana que indican con claridad la relación de José Luis y Armando Guadiana Tijerina con



✦ La minería y el dinero del narco.

grupos criminales”. En la demanda, dijeron sus abogados, Moreira también detallará “la red de protección de personajes políticos que han tenido vínculos con el empresario minero, particularmente aquellos que han tenido una relación económica con él o que han sido apoyados con financiamiento para sus campañas políticas”.

Habrà que ver qué presenta Moreira ante la PGR; lo cierto es que los Guadiana Tijerina sí participan en la explotación minera y son también personajes muy cercanos al Movimiento Regeneración Nacional (Morena) que encabeza Andrés Manuel López Obrador, aunque también en ocasiones se han acercado al PAN local. ¿Solo a estos hermanos se refería Moreira en su primera declaración? Aparentemente no, sean ellos responsables o no de esos delitos: su denuncia iba mucho más allá e involucra a la minería como “el nuevo negocio del narco en Coahuila”.

La denuncia original tiene verosimilitud: la explotación carbonífera, como muchas otras actividades relacionadas con una utilización extensiva de mano de obra donde se paga en efectivo y sin rastro alguno, es un terreno fértil para la penetración de esos grupos criminales. En el tema del carbón, esa relación se asocia, además, a la explotación de los llamados *poctos*, una forma rudimentaria que abusa de los trabajadores en condiciones inhumanas para explotar manualmente pozos de carbón que de otra forma no serían rentables. Curiosamente, en la reciente reforma laboral, un párrafo que prohibía el trabajo en los *poctos* desapareció de la redacción final y ninguno de los partidos ha dado una explicación de por qué fue eliminado y en qué momento. Los *poctos* no solo son una forma de explotación criminal con los trabajadores: todo indica que son ahora también una forma criminal de explotar la minería.

Y ese carbón y esos recursos mineros tienen que ir a algunas grandes empresas para convertirse en rentables y estar legalizados. Ese es el nexo

que denunciaba Moreira; ese es el nexo que hubiera podido romper ese párrafo eliminado de la reforma laboral; ese es el nexo que, todo indica, permanecerá, salvo el caso particular de los hermanos Guadiana Tijerina, intocable. —

LITERATURA REVISIÓN DE ANÁHUAC

✎ RAFAEL LEMUS

La figura de Alfonso Reyes es a un tiempo fantasmal y abrumadora. Por una parte, Reyes es el autor de una obra inmensa y múltiple que contiene, entre sus miles de páginas, algunos de los ensayos, cuentos y poemas canónicos de la literatura mexicana; por la otra, es un escritor tan amplio y diverso que parece carecer de un núcleo preciso, de un texto emblemático capaz de representar todo su corpus, de una obra maestra bajo la cual puedan coincidir devotamente las nuevas generaciones de lectores. En cierto sentido, esa función de texto axial ha sido desempeñada, de un tiempo para acá, por un singular ensayo de juventud, “Visión de Anáhuac (1519)”, escrito en 1915, cuando Reyes tenía apenas veintiséis años y empezaba un exilio de una década en Madrid.

A estas alturas es ya imposible leer, de veras leer, “Visión de Anáhuac”. Sencillamente no hay manera de volver atrás y toparse, de golpe, con este texto tal como fue publicado por primera vez en San José, Costa Rica, en 1917: un texto nuevo, aislado, libre aún de su problemática condición de clásico. Hoy “Visión de Anáhuac” está ya inserto en una abultada trama de lecturas, críticas y reescrituras que lo han resignificado una y otra vez y que lo han incorporado, deformándolo, en debates sobre, por lo menos, el latinoamericanismo, el hispanismo, la Conquista y la Revolución. De hecho, “Visión de Anáhuac” es hoy ya todo eso: no solo las veintipocas páginas publicadas originalmente sino también las lecturas que ha soportado, las reescri-



✦ La visión del joven Reyes.

turas que ha padecido, los años que han corrido.

Ahora, si de verdad fuera posible remontar todos esos años y llegar hasta el texto original, tampoco nos topáramos con un material nítido y unívoco, dotado de un significado listo para ser desentrañado. La naturaleza misma del texto es ya compleja. ¿Qué es “Visión de Anáhuac”? ¿Un ensayo, un poema en prosa, una estampa histórica o un texto político que habla sobre la situación de México en 1519? ¿Las cuatro partes en que está dividido se sitúan en 1519, año en que las huestes de Cortés desembarcan en México y llegan hasta Tenochtitlán, o van y vienen entre ese pasado y el presente en que el texto está escrito? ¿Sus páginas describen líricamente las costumbres, la vegetación y los paisajes de la capital mexicana unos días antes de ser asolada por los españoles, o reconstruye la visión que los conquistadores tenían de esa tierra? ¿El texto adopta el punto de vista indígena y lamenta la desaparición de la cultura azteca, o adopta la perspectiva contraria y admira la presencia de los españoles en América? En todos los casos es imposible saberlo con certeza: el texto no tiene una respuesta enfática para estas preguntas o, mejor, tiene muchas respuestas, diversas y contradictorias. Es uno, el lector, el que responde al final esas interrogantes y arrastra el texto hacia un lado u otro. Así, cualquiera que asegure haber desprendido un sentido de este texto miente: él mismo ha depositado ese sentido ahí. Como señalaba Adorno, “la interpretación no puede extraer nada que la interpreta-

ción misma no haya introducido”.

Si “Visión de Anáhuac” es un texto elusivo es, en parte, porque tiene algunos de esos rasgos que el mismo Adorno identificaba en el ensayo: una escritura informe, “crítica del sistema”, “radical en el no radicalismo, en la abstención de toda reducción a un principio, en la acentuación de lo parcial frente a lo total, en lo fragmentario”. Es elusivo, también, justo por lo contrario: porque en vez de adoptar el recurso retórico típico del ensayo, la argumentación, opta por otro, la descripción. Basta leer los primeros párrafos de “Visión de Anáhuac” para notar que Reyes, en lugar de sentar alguna tesis, describe las estampas contenidas en la “peregrina recopilación” *Delle Navigazioni et Viaggi* de Giovanni Battista Ramusio. Basta avanzar otro poco para constatar que, en vez de adoptar un solo punto de vista, se oculta detrás de varias voces, cita a distintos autores (Hernán Cortés, Bernal Díaz del Castillo, fray Manuel de Navarrete, Alexander von Humboldt) y va de una perspectiva a otra. Al revés del grueso de los ensayistas, Reyes argumenta poco y hace todavía menos por persuadirnos. Antes que discutir, ilustra: detalla paisajes, vestidos, alimentos. Es como si el texto aspirara menos a la condición de ensayo que a la de imagen. En cierto sentido, “Visión de Anáhuac” es ya eso —una imagen al interior del archivo mexicano— y, como toda imagen, es neutra: un elemento que, para significar, debe ser incluido en un discurso ideológico.

De un tiempo para acá se ha intentado incluir “Visión de Anáhuac” dentro de ciertos discursos posmodernos. Todavía más: se ha pretendido descentrar la figura de Reyes, firmemente ubicada en el centro del canon mexicano, y acercarlo a teorías precisamente opuestas a la idea de un canon universal y humanista —el posestructuralismo, el poscolonialismo, los estudios culturales. (Véase, por ejemplo, el potente ensayo “Alfonso Reyes y ‘el duelo de la historia’” de Ignacio Sánchez Prado [*Armas y Letras*, núm. 55, 2006]). Aunque ese

Reyes belicoso y poscolonial resulta bastante más atractivo que el Reyes humanista y bonachón que se estila en las historias de la literatura mexicana, no termina de parecer del todo convincente. Hay algo en Reyes, y particularmente en “Visión de Anáhuac”, que se resiste a ser colocado dentro del bando poshumanista. Ese algo es Reyes mismo —o más bien: su temperamento apolíneo, arielista, que, por una parte, lo aleja del nacionalismo mexicano y del tropos de la América salvaje y, por la otra, lo ata a un cierto conservadurismo político y lo opone a todo desorden social, en particular a la Revolución que tiene lugar en México mientras él escribe su “Visión”. Fascinado con la templanza del Valle de México, la Revolución se le presenta a Reyes como un acto dionisiaco, calibánico, que atenta contra el supuesto equilibrio del paisaje. Mientras él elogia los esfuerzos del ser humano por someter la naturaleza a un orden, la Revolución actúa en sentido contrario: destruye las formas, revienta los moldes, reinstaura el caos. En tanto él advierte que, “de Netzahualcōyotl al segundo Luis de Velasco, y de este a Porfirio Díaz, parece correr la consigna de secar la tierra”, los revolucionarios dinamitan los diques y provocan flujos sociales incontrolables. “Cuando los creadores del desierto acaban su obra —lamenta Reyes—, irrumpe el espanto social.”

El temor de Reyes a todo conflicto social y político no solo se transparenta en esa metáfora: está latente en la estructura misma de “Visión de Anáhuac”. Ya la selección del tema es sintomática: para registrar el encuentro de los mexicas y los españoles Reyes elige el año de 1519 y no el de 1521, cuando suceden los enfrentamientos más violentos y unos someten a otros. Elige los momentos previos al encuentro, el instante en que los españoles miran desde lejos la ciudad de Tenochtitlán, y no el momento posterior en que unos y otros entran en contacto. Elige no la lucha entre los dos bandos sino los albores de la batalla, los últimos instantes de

orden. No solo selecciona ese momento: lo fija en imágenes, como si quisiera impedir que transcurriera y dieran inicio las hostilidades. Imágenes, además, que capturan menos la estructura social de Tenochtitlán que su vegetación y paisaje. Imágenes que, como se quejaba Susan Sontag de las fotografías, son capaces de registrar las cosas pero no los procesos sociales que dieron origen a las cosas.

El mismo recelo ante el conflicto se manifiesta en otro elemento de “Visión de Anáhuac”: la despolitización de los sujetos que aparecen en el texto. Como Cortés y los españoles que lo acompañan son contemplados poco antes de violentar la ciudad mexicana, mientras observan a lo lejos los palacios y los lagos, no aparecen como conquistadores sino como viajeros fascinados con lo que miran. Por medio de una complicada piqueta intelectual, son desprovistos de su capacidad de agencia y emergen como meros espectadores. En el mismo sentido funciona la única cita literal que se hace de un texto de Cortés: Reyes selecciona una expresión casual de las *Cartas de Relación* (las muelas de maíz y maguey, “¡mejores que el arropo!”) e ignora los repetidos pasajes violentos y racistas incluidos allí, con lo que Cortés aparece menos como la cabeza de los conquistadores que como un cronista fascinado con las costumbres americanas. Algo semejante ocurre cuando el texto se ocupa de Moctezuma: Reyes se demora imaginando su ropa y sus palacios. En uno y otro caso la política se esfuma y ambos sujetos, como el resto de los que cruzan el texto, se vuelven elementos de una composición poética, simples trazos de una imagen coherente y armónica.

El problema, al final, no es solo que esas estrategias retóricas tiendan a borrar el conflicto y la violencia de aquel 1519. Es, sobre todo, que aíslan a Reyes de lo que ocurre en México en 1915: de un lado, el paisajista y el transparente valle que advierte; del otro, la morena multitud que se obstina en irrumpir en el paisaje y volverlo un campo de batalla. —



+Obama y la nueva demografía.

ESTADOS UNIDOS OBAMA 2.0

LEÓN KRAUZE

Por varias razones, la derrota de Mitt Romney es una buena noticia para la democracia estadounidense. El resultado opuesto habría significado, para empezar, el éxito de la oposición desleal como estrategia política. Durante cuatro años, el Partido Republicano se ha dedicado a taponar la agenda de Barack Obama con la intención única de negarle un segundo periodo presidencial. Y lo ha hecho con el más descarado cinismo. En otros países, el partido fuera del poder lleva las cartas pegadas al pecho, jugando el papel de una oposición ambigua que se acerca al abismo de la ingobernabilidad pero no cae en la tentación de empujar al país al precipicio. Desde el 2008, los republicanos dejaron esa decencia a un lado. A tal grado llegó su desvergüenza que el líder de los senadores del partido declaró, en los primeros meses del gobierno de Obama, que la prioridad suya y de sus colegas sería la derrota del presidente en el 2012. Con eso en mente, el Congreso, republicano, arrastró a Obama a confrontaciones innecesarias y peligrosas. Desde la confirmación de funcionarios de todo tipo hasta el debate sobre el límite de la deuda, el partido opositor no dejó pasar una oportunidad de cerrarle la puerta en las narices al presidente y su partido. El triunfo de Mitt Romney habría encumbrado la polarización como herramienta electoral. Nada de esto implica que ahora comiencen

tiempos de concordia y negociación. Quizá de nuevo ocurra lo contrario. Pero los republicanos ya saben a qué atenerse si apuestan de nuevo por la parálisis universal.

La reelección de Obama también supone un revés para una tendencia reciente —y delicadísima— en la vida política estadounidense: la privatización de la democracia. Hace poco menos de dos años, la Suprema Corte de Estados Unidos decidió permitir la inyección prácticamente indiscriminada de capital privado en las campañas. En otras palabras, la Corte les abrió las puertas de la política a las chequeras más poderosas del país. Y aquellas no tardaron en aprovechar la oportunidad. Figuras como Sheldon Adelson, el magnate de Las Vegas, o Bob Perry, gigante inmobiliario de Texas, donaron cientos de millones de dólares a las distintas campañas republicanas a través de organizaciones llamadas Super PACs (súper comités de acción política), entidades supuestamente independientes que en realidad trabajaron en tándem con sus respectivos aliados políticos para conseguir agendas muy claras. Ninguno de esos objetivos fue más importante que derrotar a Barack Obama. No sobra decir que los demócratas también recaudaron cantidades enormes de manos privadas, pero nada comparable con la maquinaria republicana. La derrota de Mitt Romney implica el fracaso, al menos por ahora, de ese esquema privatizador. No es poca cosa.

La reelección de Barack Obama también confirma el venturoso progreso de la demografía estadounidense. Como explicara Simon Rosenberg en su visionario ensayo en *Letras Libres* del pasado octubre, el Partido Republicano había apostado todo al predominio del voto blanco, sobre todo el de los hombres. La campaña de Romney soñaba con alcanzar un porcentaje lo suficientemente alto del voto blanco como para hacer irrelevante la fortaleza de Barack Obama con las minorías. En los cálculos republicanos, los blancos compensarían, entre otras cosas,

el enorme déficit de Romney con los hispanos. Lo mismo, por cierto, podría decirse de otro bloque social, que poco tiene de minoritario salvo el trato que recibió del sector más retrógrado y absurdo del Partido Republicano: el voto femenino, sobre todo el de las mujeres solteras.

De haber ganado Romney, la agenda de las minorías habría perdido fuerza, y habría sido relegada de nuevo en la discusión legislativa de los próximos años. La reforma migratoria, por ejemplo, habría sufrido el mismo destino que en los últimos tres lustros: sin incentivos electorales, los republicanos no habrían tenido razón para moderar su oposición dogmática a la reforma al sistema migratorio. Ahora, tras los resultados del 2012, los hispanos se han ganado un lugar no solo en la mesa sino en la mismísima cabecera. Después de todo, solo un mal político opta por pelearse con la estadística. En los días posteriores a la elección, ha sido hasta simpático ver cómo un gran número de voces conservadoras han comenzado a ver la luz, subrayando de pronto la urgencia de una reforma migratoria. No me sorprende. Las tendencias reveladas en la votación de noviembre pintaron un escenario de verdad trágico para esta, la versión más anacrónica del Partido Republicano. Por ejemplo: si nada cambia, los republicanos podrían perder por generaciones el suroeste del país. Nuevo México, Nevada y Colorado son ya estados demócratas. En California, menos de 30% del electorado está registrado como republicano. Tarde o temprano, lo mismo ocurrirá con Arizona y Texas, y todo por razones demográficas. Si no lo entiende pronto, el republicano se volverá un partido de nicho. Mala cosa, eso del suicidio demográfico.

Por último, el triunfo de Barack Obama implica la llegada definitiva de la modernidad en ese submundo apasionante y enloquecido que es la estrategia electoral. John Heilemann, quizá el reportero político más creativo y sensato de la prensa estadou-

nidense, lo describió con precisión quirúrgica un par de días después de la elección: “es como Deep Blue, la computadora de IBM que jugó ajedrez contra los campeones mundiales, enfrentándose a un tipo con un ábaco”, dijo a manera de explicación cuando alguien le pidió una hipótesis del abismo de sapiencia tecnológica entre la campaña de Obama y la de Romney. No exagera. El equipo de Obama desarrolló sistemas de análisis demográficos que les permitieron encontrar, seducir y registrar votantes que, de acuerdo con Heilemann, la campaña de Romney “ni siquiera sabía que existían”. Mientras los republicanos contrataban miles y miles de minutos de tiempo aire a diestra y siniestra, los demócratas concentraban sus planes de medios en mercados específicos donde, de acuerdo con sus cálculos, podrían ser más efectivos. Pero eso no es todo. Obama contrató a un grupo de lo que solo podemos llamar “científicos de la información” para ayudar a la campaña a desarrollar una mejor manera de descifrar las necesidades y pulsiones de cientos de miles de votantes potenciales. El proyecto, llamado “Dreamcatcher”, les debe haber parecido una pérdida de tiempo a los rivales de Obama. No fue así. El trabajo de los analistas comprometidos con Obama fue fundamental para encontrar y convencer a esos electores que, en palabras de Heilemann, parecían no estar ahí. Al final, los votantes invisibles aparecieron en masa en las urnas y Mitt Romney perdió. Una paliza moderna para un candidato del siglo pasado.

Algo digno de verse. —

CREACIÓN

POÉTICA DE LA INCERTIDUMBRE

✎ CARLOS FRANZ

Yo no tenía una poética. Y me atrevía a confesarlo. El asunto solo me resultaba incómodo en mesas redondas y entrevistas. No en mi escritorio. ¿Cómo escribe usted?, me preguntó una vez un periodista muy original. Cada libro “me

dice” cómo quiere ser escrito, contesté. Era una respuesta acorde a mi formación. Yo me había formado en un tiempo, todavía reciente, cuando los narradores valoraban la intuición poética. La poesía aún era el sustrato de toda literatura y, al crearla, en prosa o en verso, era contraproducente demasiada conciencia; como decirse: estoy amando cuando lo estás haciendo.

Alcancé a habitar, brevemente, ese mundo. Enseguida se desvaneció. La narrativa tendió a polarizarse entre superventas y metaliteratura; entre libros para los que no leen y libros para los que solo leen. Y todos los autores, de pronto, sabían demasiado bien lo que hacían. Los superventas tenían una poética práctica, “trucos del oficio” para pescar lectores. Los metaliterarios tenían variadísimas poéticas ideales, muy precisas, especialmente en una cosa: la literatura empieza y termina en el escritor.

Al acercarme a los treinta años empecé a inquietarme. Ya era adulto y no tenía una poética, ni práctica ni ideal. Poco podía hacer: otra de mis nociones formativas era que un artista no aprende sino que “se accidenta”. Es cierto que hay que leer y escribir mucho, además de vivir lo más posible. Pero toda esa experiencia solo se ilumina cuando un azar la hace significativa.

Primer “accidente”. Ocurrió mientras asistía a un congreso literario en la Universidad de Erlangen, en el verano de 1997. Afuera pedaleaban miles de universitarios dotados de bulbosas pantorrillas teutonas (cada pantorrilla parecía un cerebro adicional). Adentro del *Kneipe* el traductor al alemán de una de mis novelas me explicaba, acongojado, sus dificultades con la palabra “quizás”. Le resultaba arduo encontrar equivalentes para ese y otros adverbios de incertidumbre que yo había empleado, con tanta abundancia como inadvertencia. Olvidando su *Schnaps*, el traductor empezó a listarme las incertezas de mi estilo: “acaso, tal vez, a lo mejor, posiblemente, probablemente, quién sabe si, digamos, se diría que...” Agobiado, el traductor me comunicó que se vería obligado a

resolver con expresiones menos condicionales algunas frases. Me advirtió que el libro —lo lamentaba— “perdería en imprecisión”.

Qué paradoja, pensé: para traducirme el traductor se vería obligado a *precisarme*. Pero al volverme más seguro me traicionaría, porque le restaría posibilidades a mi relato. Los modos condicionales sugieren un narrador irresoluto, inseguro. Pero lo condicional también es potencial. “Potencial” en el doble sentido de posibilidad y de fuerza... Reflexioné sobre la debilidad y la potencia que se confunden en un buen “quizás”. Reflexioné pero, típicamente, no concluí nada preciso.

El segundo “accidente” me ocurrió en Viena, casi una década más tarde, en abril de 2006 (que ambos accidentes ocurran en lugares germánicos puede significar algo, pero no he llegado a intuir qué). El Instituto Cervantes recibía a algunos narradores para hablar de la “poética” de sus obras. Yo había aceptado la invitación sin reparar en el tema (un acto fallido, en la ciudad de Freud). Y solo ahora notaba, nervioso, que debía mostrar algo que no tenía. Unas horas antes de la mesa redonda me encerré en el hotel para, con improvisación latina, urdir una ponencia. Tendido en la cama, angustiado, revisé de memoria mis ficciones (las publicadas y las que planeaba) por si aparecía, milagrosamente, la visión de conjunto, el sistema, una saga, o al menos una serie...

Nada de eso. Al contrario, constaté que poco o nada unía a mis trabajos entre sí. La “serie” de mis ficciones, hasta entonces, era contradictoria, discontinua. Me lo habían insinuado antes pero solo vine a aceptarlo en ese hotelito vienés, cerca del palacio del Belvedere y sus Klimts. Como los cachorros de una perra callejera ninguno de mis libros se parecía al anterior. Encima de variar en escenarios, personajes y temas, el tono y el género dramático cambiaban radicalmente de una obra a la siguiente. A un melodrama psicológico en la selva, lo seguía una tragedia política en el desierto. Si por un descuido volvía a los mismos temas, lo hacía desde ángulos tan opuestos que se anulaban en-

tre sí. A una novela “de formación”, idealista y romántica (y por lo tanto pesimista), la refutaba años más tarde con una farsa satírica (y en el fondo, enternecida).

Esa mañana había visitado el apartamento-consultorio-museo del doctor Sigmund Freud, en la Bergstrasse. Y ahora me preguntaba: “¿Sufriré de personalidad múltiple literaria? Parece que mis libros los escribirían distintas personas.” A ese paso —me daba cuenta— el conjunto de mis narraciones nunca formarían una OBRA. Ese ideal alquímico y retórico, flor de tesis doctorales y contraportadas, “la OBRA de Carlos Franz”, nunca sería dicho de mis libros. Mis ficciones nunca formarían un corpus. Serían corpúsculos, mónadas, electrones libres.

Preví la inanidad de mis trabajos. Sufrí un vértigo, una melancolía conocida (“no hay ejercicio intelectual que no sea finalmente inútil.”) Al mismo tiempo, recordé a mi traductor afeándome mis incertidumbres en aquella universidad teutona de las pantorrillas como cerebros. Y en esa desesperación encontré una luz. Por libre asociación con ese primer accidente experimenté una revelación acerca de mi estilo que, a pesar de mis dudas, podría constituir una poética.

La incertidumbre de mi estilo, que había detectado aquel aplicado traductor, rimaba con la discontinuidad de mis obras. Aquella imprecisión en el léxico congeniaba con la disparidad de mis temas. La “serie” estaba en la inseguridad misma: los personajes se interrogaban sobre sus motivos, los narradores dudaban de sí mismos, el autor, desde afuera, se resistía a prestarles la anhelada armonía de un estilo constante. Como en una versión de los tres monos sabios de la fábula japonesa, en mi incoherente obra el personaje no ve, el narrador no oye y el autor se niega a hablar.

Decidí que esas pobreza serían mi poética. Si toda estética es una ficción, rival de las obras que interpreta, ¿por qué no podría inventarme yo una “poética negativa”? Una poética que expresara mi incertidumbre acerca de las certezas estéticas. El

defecto vuelto virtud. El caos tomado por cosmos. La inseguridad como libertad.

Salté de la cama y salí a las calles de Viena para ir a esa mesa redonda donde comunicaría este hallazgo accidental. Una poética de la incertidumbre.

Exposición vienesa

“Una poética de la incertidumbre podría explicar, quizás, ciertas confusiones”, argumenté ante la cortés y escasa audiencia vienesa que se enarrecía más en ese enorme salón de un antiguo palacio de “kakania”.

Sostuve que me aburre volverme previsible, saber lo que voy a escribir después. Confesé que para evitar ese aburrimiento en ocasiones he sido poético, y hasta barroco. En otras cortejé sin escrúpulos la austeridad y el minimalismo. Además de divertirme, creo haber obedecido a las necesidades del tema y no a una estética preconcebida. Pero, sobre todo, reconocí que no soy un monógamo del estilo, sino un infiel, me temo.

Me habría gustado tener la fidelidad a sí mismo de un Fellini; pero he sido más bien un infiel estético, como Stanley Kubrick.

Sin embargo, para mí “infidelidad” no equivale a desorden. Vista a posteriori, la promiscuidad estética puede parecer casi una rutina (tal como la otra, la de los que sí siguen una poética única). He escrito sucesivamente un melodrama, una tragedia, una farsa... Podría argumentar que vengo siguiendo un plan exploratorio de los géneros dramáticos. Me sería muy útil en giras promocionales, facilitaría las entrevistas, impresionaría en mesas redondas. Sin embargo, debo admitir que no hay programa en mi desorden, excepto la voluntad de no repetirme. Mi poética de la incertidumbre ha sido, encima, accidental.

Por otra parte, esa poética de la incertidumbre podría disculparme un estilo metafórico que no siempre he deshonrado. La metáfora ha sido el rasgo de estilo más constante en mi inconstante obra. La metáfora que prefiere la semejanza a la identidad,



+Franz, una poética indefinida.

y la comparación a la definición. Las metáforas que atenúan diferencias mediante conjunciones comparativas (“como”, “parece”, “semeja”), intentando definir un matiz impreciso de la cosa y, al matizarla, le añaden una imprecisión deliberada.

Para mí el asunto va todavía más lejos: la metáfora, al ver semejanza en cosas disímiles, establece una duda sobre la identidad de las mismas, las relativiza a ambas.

Aunque suene, precisamente, metafórico, llamo a esa inseguridad “realismo”. Un final abierto, por ejemplo, es más realista que uno cerrado. El lector se queda con el reto, y la libertad, de continuarlo. Tal como ocurre con los grandes enigmas de la vida, que nadie nos aclara; somos nosotros quienes los significamos. Las narraciones más seguras de sí mismas (los narradores más seguros), falsean el mundo. Porque tienden a cerrar el argumento. Y a encerrarse en un estilo. Lo contrario de lo que ocurre en la vida que nunca nos aclara sus motivos, ni predice sus giros, ni mantiene sus formas. Especialmente en las cosas importantes, como el amor, la vocación, el poder, la muerte...

Heráclito (el oscuro) sospechó que “la índole humana no comporta certezas”. Esa incierta índole humana armoniza con la esencial irresolución del universo, que carece de voluntad clara, cuyos derroteros titubean. El mundo vacila, se interroga y no se resuelve. Sobre todo la muerte: esa gran indecisa. ¿Alguien sabe la fecha de su cita? ¿La sabe ella? La mala literatura y el mal arte, en general, se sienten seguros. La buena literatura duda y tiembla.

Recuerdo que al llegar a ese punto, durante aquella exposición vie-

nesa, me detuve a dudar un instante. “Puede que me equivoque, claro”, tartamudeé. Pero, aunque me equivocara afirmé preferirlo por una razón: la libertad. Prefiero la incertidumbre porque prefiero la libertad. Prefiero el riesgo de desconocer el sentido antes que la obligación de seguir un camino.

Una poética así entraña una actitud que siempre me ha resultado natural: la inseguridad. Desde niño sufrí la inadaptación del irónico: cuando discuto mis interlocutores toman por exceso de seguridad personal los sarcasmos que expresan mi inseguridad gnoseológica. Me he consolado discutiendo con mis ficciones. Pero esa actitud mía desborda a la literatura. Creo carecer de toda ideología, excepto la duda sistemática, cartesiana. Admito ser un individualista incorregible: “díganme en qué están de acuerdo para oponerme”, digo. Tiendo a cuestionar lo que parece más seguro. Y a recordar a Hume, quien especuló que no hay leyes absolutas en la naturaleza, ni siquiera la gravedad o la muerte. Que no hayamos asistido a una excepción solo significa que no ha ocurrido “todavía”. (Estuve una vez en Edimburgo, apoyado contra la estatua de Hume. El día era inusualmente soleado, para Escocia, y la piedra transmitía una agradable calidez. Me sentí acogido por Hume.)

No he sido muy hijo de mi época. Salvo en esto: las incertezas ideológicas de esta era post-utópica me calzan como un guante (fabricado a veces de hierro, y otras, de piel humana). El tiempo corre a favor de lo inesperado. Lo único seguro del porvenir es que no se parecerá a la historia. Creo que esa es la mejor política que un escritor de ficciones podría suscribir. Con todas sus consecuencias; y muchas excepciones.

Para mí la buena literatura es como este mundo inseguro de sí mismo. De hecho, a veces me parece haberlo habitado antes de vivirlo, leyéndolo en las novelas que anticipaban su espíritu. Lo leí en Dostoievski y en Conrad y en Mann. Y lo sigo leyendo en escritores como Auster o Coetzee. En la literatura honesta que, al no intentar definir su tiempo, lo retrata.

La anterior es una frase excesivamente “redonda”, lo sé. Al pronunciarla en Viena pagué el precio habitual: dudé y me quedé mudo. En blanco. Escrutando a la cortés audiencia vienesa, que parecía aún más enrarecida. ¿Estaría sonando demasiado seguro en mi defensa de la inseguridad? ¿Habría incurrido en el oxímoron de dar por cierta una poética de la incertidumbre?

Como narrador, sé que no se logra expresar la oscuridad, aclarándola.

Sin embargo, creo posible excusar las afirmaciones categóricas de este ensayo sobre la incertidumbre porque entiendo que, como *ensayista*, se puede ser más categórico que en las ficciones.

En el diario de Bioy sobre su relación con Borges encontramos que a este le molesta la inseguridad en los ensayos: “El estilo de T. S. Eliot es desesperante. Dice algo y enseguida lo atenúa con un *quizá* o *según creo*, o le resta importancia reconociendo que a veces lo contrario también es cierto.” Bioy dice que hay que tener el coraje de afirmar algo, a veces. Borges recuerda que “Goethe declaró que esas palabras como *tal vez*, *quizás*, *según me parece*, *si no me equivoco* deben estar sobreentendidas; que el lector puede distribuir las donde lo juzgue conveniente y que él escribía cómodamente sin ellas”. (Noche del viernes 10 de agosto de 1956.)

Suscribo, hasta cierto punto, las prevenciones de Borges y Bioy sobre la excesiva inseguridad en los ensayos. Ya que en los ensayos el escritor trata de demostrar racionalmente alguna idea o, al menos, de expresar claramente una duda, resulta cobarde esconderlo detrás de demasiados adverbios de posibilidad. Quien lo hace se comporta como esa gente que en una discusión, antes de insultarnos, nos advierte que lo dicen “sin intención de ofender”.

Lo opuesto es válido para las ficciones: afirmar su realidad es una contradicción. Ya que en ellas el escritor intenta convencernos de que algo irreal es cierto, resulta legítimo y hasta decoroso, de vez en cuando,

recordarnos que lo inventado es una posibilidad de lo real. Si merced a esas advertencias la impresión verosímil de una ficción aumenta es porque la realidad misma es insegura. Entonces, el escritor de ficciones que delata su inseguridad no solo es más honesto y cortés, sino que también es más potente.

La maldición del escritor de ficciones es igual a su don: se traiciona en lo seguro y acierta solo en lo potencial. Allí puede crear mundos donde la excepción es la ley. Donde el accidente es la regla.

Lo “potencial” tiene una doble potencia: tiene el doble sentido de posibilidad y de fuerza. Lo que puede ser es lo más potente. El quizás viene preñado de poder. En la inseguridad del relato se despliegan las múltiples posibilidades del ser.

Creo que al bajar de aquel escenario vienes, en lugar de “gracias”, murmuré: “quizás”. —

SEGUNDOS PISOS LA URBE Y SUS RUTAS

—SALVADOR GALLARDO CABRERA
INTERCAMBIADOR, DESCONEJÓN,

cintas duras y brutales de los segundos pisos, franjas de asfalto enroscándose, anillos, espirales, kilómetros y kilómetros de autopistas suspendidas en ballenas de concreto, ahí voy, subiendo la rampa, acelero, al frente el horizonte anaranjado de niebla tóxica, a la izquierda la escultura-chimenea-mujer de Macotela cubierta hasta la cintura por enredaderas de edificios, debajo el estrato sub lunar con zonas de sombra permanente, acelero, a mi lado un tipo con anteojos oscuros de piloto, guantes de piel, en postura de fórmula uno en un Tsuru rojo, pongo un CD con música de inmersión e inicio mis técnicas de respiración circular, aire, aire, intersecciones, plataformas engarzadas sin centro, troceadas, redes ciegas, avisos que no cumplen la promesa de su destino: “aeropuerto 35 minutos”,



+Pesadilla de Escher.

casetas de pago que prometen destinos venturosos por un impuesto extra que no aparecía en las promesas de campaña, engarces metropolitanos extendiéndose sin fin, la ingestión brutal de los segundos pisos, su geometría mastodónica

La ciudad es el medio de los trayectos, el espacio de entrecruzamiento de nuestros trayectos. Los segundos pisos aceleran (es un decir) los desplazamientos, pero suspenden la organicidad de la ciudad. ¿Cómo podría desatar los nudos urbanos un dispositivo de suspensión que privilegia el transporte individual? Si tienen algún rango de funcionalidad, este es paradójico: parece que conectan, pero aíslan; parece que reducen los tiempos de traslado, pero estrangulan. Además, la arquitectura de los segundos pisos acentúa las desigualdades en la ciudad, crea franjas de exclusividad, zonas de aislamiento, tiene repercusiones negativas en el inframundo, en el tejido de las colonias alejadas, y abre una zanja elevada que no podrá ser rellenada. La imagen de la ciudad-intercambiador reúne los anhelos de la ciudad moderna, abierta, democrática. Una ciudad interconectada, de libre circulación y encuentros enriquecedores, de accesos garantizados y de plena ocupación de los espacios públicos. Las megalópolis del presente son el revés de ese proyecto: ciudades reducidas por el tránsito de los automóviles, insostenibles ecológicamente, con espacios públicos disueltos y desconectados, cotos y clusters privados amurallados, situados a algunos kilómetros de zonas perdidas de pauperización creciente. Ciudades Pánico, como dice Paul Virilio, fracturadas y deslocalizadas. Ciudades Control gestionadas desde la administración del miedo, de la inseguridad, del colapso

inminente. “Viene el colapso de la movilidad”, se nos dice, y se construyen los segundos pisos. Es como tratar de apagar el fuego con gasolina. Aun una ciudad construida desde cero, como São Paulo, y proyectada para ser transitada en automóvil, se colapsó por el tráfico. En la ciudad de México hay, por lo menos, 4,700,000 automóviles: ni con tres pisos de autopistas sería posible descongestionarla. La única política urbana aceptable es desalentar el uso de los autos. La construcción de la línea 12 del Metro, las líneas de metrobuses, los corredores cero emisiones, Ecobici, las calles peatonales, van en ese sentido. ¿Cómo se conectan esos programas, si no es por una aberración urbanística, con la construcción de segundos pisos? Se dirá que es necesario desahogar los sistemas periféricos de circulación de la ciudad. Eso mismo se argumentó cuando se quebró el tejido de las colonias con los ejes viales.

Alguien me dijo: desde arriba se ven muy bellas las jacarandas floreciendo, traerás copiloto, cabrón, los segundos pisos irradian una atracción abrupta, automovilistas jadeando por alcanzarlos, mirando por el retrovisor, anhelantes, ya dejé atrás al fordcito, ese zoopenco va con el celular, rápido, más rápido, pero los asiduos saben que esos trances de velocidad no duran, ya se atascó, ¿por dónde bajo?, ¿adónde subo?, me concentro en una bifurcación, hace rato caí un bache y perdí mi aura de autocontrol, no, los segundos pisos no están sanforizados contra los baches, en largos tramos no tienen raya para dividir los carriles, acelera, sé positivo, vas en la *Autobahn*, no hay autos amontonándose, súbele al volumen, ya avanzarán, ¿no nos devolvieron el optimismo los segundos pisos?, ¿no nos volvimos todos más aspiracionales?

La libertad de trayectos y de encuentros, la libre ocupación de los espacios públicos, el anonimato de quien recorre las calles, ¿no significaban el

sentido moderno de seguridad urbana? Hoy tenemos una arquitectura mastodónica que suspende nuestros trayectos y una microarquitectura que cruza los espacios con cámaras de televigilancia, radares y sensores diseñados para identificar, monitorear, dar seguimiento, y controlar a la gente. Los políticos ofertan colocar más cámaras en las calles, en los parques, en los semáforos, como solución a la inseguridad. En Londres, la ciudad con más cámaras de televigilancia per cápita del mundo, los resultados son pobres: apenas si han disminuido los robos de automóviles. Pero la información obtenida sirvió para criminalizar las protestas recientes en la ciudad. ¿Hay opciones urbanísticas a los segundos pisos? En Corea, por ejemplo, demolieron todo un circuito elevado para recuperar el cauce de un río que atravesaba un polígono de la ciudad e intensificaron la construcción de transporte colectivo subterráneo. En México permitimos que las periferias de nuestras ciudades crecieran desordenadamente, y ahora no hay soluciones urbanísticas que alcancen. Uno de los problemas es que aún no desligamos el urbanismo del boato, de los proyectos faraónicos y, principalmente, de los negocios que involucran a gobernantes, desarrolladores y constructores. Un presidente municipal quiere que se le recuerde por haber construido un paso elevado que se parece a los de San Antonio, Texas. Un gobernador cambia los planes de desarrollo urbano, y los alinea a sus intereses inmobiliarios. Así, en algunos años, tendremos dobles pisos interestatales. Qué hazaña. —

ANÁLISIS

EL DEMONIO NEOLIBERAL

✎ INOCENCIO REYES RUIZ

Los demonios han existido siempre. Cada época inventa los suyos. Los imagina, los esculpe en texturas rugosas y fétidas, los cuchichea intramuros, trasiega el yerbajo que crece tras sus ponzoñas de fuego, los encarcela en una celda de la

Inquisición, los alambra en un campo de concentración, los cuerea en el campo o los encierra en el cuarto de los zapatos de Thomas Bernhard. Luego los petrifica en víctimas propiciatorias de autos de fe y, una vez labrados en la conciencia ritual de una feligresía devota, los desencadena y los escuchimiza en tabletas pulcramente ordenadas en el anaquel de los genéricos. El demonio neoliberal está a la venta y al alcance de cualquier simplismo.

El liberal Friedrich Hayek, en el punto medio entre las teorías liberales de Von Mises y de Keynes, recibió el reconocimiento de unos y otros por su aguda crítica a las formas de planificación económica que sacrificaban las libertades en el altar de la igualdad. La base común de los liberales de la posguerra es el argumento de que la economía planificada había creado un colectivismo sostenido con *brackets*, tensando de tal manera la resistencia de las pilas-tras que, si bien no se desplomaron, en cambio se hundieron a causa de la subsidencia del suelo en que estaban construidas.

En el periodo de entreguerras se acuñó el término “neoliberalismo” y ahora es el depósito de casi todos los anatemas. En una conferencia en Bangkok en marzo de 1999 (*A short history of neoliberalism*), Susan George, hipercrítica de la globalización, escuchió el demonio liberal:

De modo que, de una reducida y desprestigiada secta sin apenas influencia, el neoliberalismo ha logrado convertirse en la principal religión del mundo, con su doctrina dogmática, sus vicarías, sus instituciones legislativas, y, seguramente, lo más grave de todo, su infierno para los paganos y pecadores que osen criticar la revelación de la verdad.

Es curioso que una década después de la conferencia George, otra religión del mundo, el antineoliberalismo, concelebra en su altar y con sus propios dogmas y vicarías. Acumula una doctrina de mandamientos y

un infierno para herejes y paganos que osan dudar de los sermones que acusan al demonio neoliberal de todo cuanto de malo le ocurre a la humanidad.

Pero encostalar los males en la categoría “Neoliberalismo” es un error epistemológico elemental: no se demarcan sus connotaciones. Si se quiere apabullar al otro, acúselo de neoliberal; si alguien critica los monopolios estatales, es un neoliberal confeso; si la educación es desastrosa, ¿cómo no echarle la culpa al neoliberalismo?; si la delincuencia organizada mata, secuestra y extorsiona, túrnese la denuncia al costal de las políticas neoliberales; si faltan empleos o los salarios son bajos, ¡el neoliberalismo depredador!; si un atrevido denuncia la corrupción de los sindicatos o muestra la mediocridad de las universidades, le hace el juego al neoliberalismo.

Hayek honró la lógica liberal al afirmar que en los principios básicos del liberalismo no hay un credo estacionario. No hay reglas absolutas establecidas de una vez para siempre. Se trata de hacer todo lo posible para facilitar el uso de las fuerzas espontáneas de la sociedad y recurrir lo menos que se pueda a la coerción (*Camino de servidumbre*, 1944).

El genuino espíritu liberal no cierra la discusión. Solo las hipótesis verificadas o falseadas en la realidad constituyen la materia gris del examen continuo. La crítica liberal ha mostrado que el mercado desregulado causa tanta desigualdad y pobreza como la planificación de la economía. Una libertad ilimitada no es una verdadera libertad y un mercado libre abandonado a su propia lógica ni es libre ni es mercado. Cualquier postura que deposite una confianza ciega en el mercado o se resigne a que el mercado dicte las normas de la vida política, social, moral y cultural de la humanidad es contraria a la libertad y al pluralismo.

El término “neoliberalismo” reapareció tras la caída de los sistemas totalitarios, en el ocaso de la década de 1980. La historia humana

no había conocido una orfandad de la magnitud que esa caída produjo en el credo anticapitalista. Millones de huérfanos voltearon la mirada al ¿*Qué hacer?* de la novela de Chernyshevsky (la frase se la atribuían a Lenin). Pero también voltearon la vista a esas *rarezas* llamadas democracia, derechos humanos, Estado de derecho. De la superficie de los dogmas socialistas emergió el demonio “neoliberal”, un relleno sanitario a donde se puede arrojar decentemente todo lo que no se comprende.

Al menos una veintena de excelentes libros ha descifrado los efectos más temibles de la globalización. La perspectiva liberal examina el *staff* de privilegios que corre libertinamente a contrapelo de los principios liberales, que por definición rechazan fueros y privilegios. La idea de Tony Judt (*Algo va mal*, 2010) de repensar el Estado es un buen inicio. ¿Por qué la libre empresa ha dejado de ser libre y emprendedora?

¿Y la libre empresa de los pobres? ¿Por qué se diviniza la libre empresa de los poderosos y se desprecia la eficacia inmediata de lo sencillo? ¿No es la libre empresa de los pobres la más oprimida de las libertades?

En su libro reciente (*El precio de la desigualdad*, 2012) Joseph E. Stiglitz consigna en la portada: “El 1% de la población tiene lo que el 99% necesita.” Hay que leer el libro para evitar que fermente una nueva receta universitaria. Pero aun si así fuera, el 99% tiene una responsabilidad que no está cumpliendo. En la actualidad un buen ciudadano también es un consumidor inteligente: cuando compra y vende aporta su grano de arena para impedir que los gigantes aplasten a los pequeños.

El demonio del neoliberalismo transitó acriticamente de los intelectuales a las universidades y a los medios de comunicación. ¿Para qué pensar, debatir y trabajar si una conspiración mundial ya tiene dibujado el mapa del destino humano? El determinismo histórico vive y colea. —



+Lujambio (1962-2012).

IN MEMÓRIAM

ALONSO LUJAMBIO IRAZÁBAL, SENADOR EN TRANSPARENCIA

✎ JORGE F. HERNÁNDEZ

Para quien realmente cree en el poder de lo legislativo, llegar a senador de la República debe de ser el inicio, más que la culminación, de una vida dedicada al servicio a los demás, la conciencia de tener un espacio privilegiado para aportar cultura, conocimiento, honestidad e inteligencia. Así pareció entenderlo Alonso Lujambio Irazábal, que entró al Senado de la República por la puerta grande, luchando a brazo partido contra un miura llamado cáncer que finalmente le impidió contribuir a elevar ese espacio de alta legislación a la talla de verdadero foro de discusión de ideas que se concretaran en cambios reales.

Antes que senador, Lujambio había ya asumido con responsabilidad y enorme compromiso el cargo de secretario de Educación, la rifa del tigre en un país donde aulas y alumnos han de sortear el devenir de sus clases entre estorbos y burocracia pesada hasta para afilar

los lápices. Lujambio, como quien respira hondo, se hizo a la tarea de revisar las muchas tareas pendientes de un área que se retrasa cada vez que parece que avanza.

Antes que secretario de Educación, Lujambio dejó un digno palmarés como caballero andante de la transparencia, lanza en ristre contra corruptelas. Otras voces más autorizadas pueden asignar en este párrafo los debidos adjetivos y laudes que merece un funcionario que enfrentó los enredos de la función pública con la mira siempre convencida en que “hacer política era cosa digna”, o al menos podría serlo. Así lo vivía, desde que fue consejero en el entonces imberbe Instituto Federal Electoral.

También, antes de todo ello, Lujambio fue catedrático y convencido académico, formador de no pocas generaciones de auténticos científicos sociales y politólogos. Era cantado predecir que Lujambio sería académico o político, pero con el tiempo nos sorprendió también como autor de libros, desde *Federalismo y Congreso en el cambio político de México* (UNAM, 1995) hasta *Retratos de Familia. Un dramaturgo liberal, un historiador católico y un espiritista maderista* (Arkhe, 2011), pasando por *El poder compartido. Un ensayo sobre la democratización mexicana* (Océano, 2000) o *La democracia indispensable. Ensayos sobre la historia del Partido Acción Nacional* (Equilibrista, 2010).

Digo predecir porque mucho, mucho antes de todo lo que he intentado decir, Alonso Lujambio fue mi amigo. Y me duele tener que despedirme de su sombra sabiéndolo siempre cerca, como cerca estuvimos incluso cuando los diferentes paisajes de la vida nos habían dizque separado. De lejos, supe que Lujambio estudiaba en Yale, luego de nuestros años sinónimos en el ITAM y en la UNAM. Se le veía enamorado de Teresa desde el instante en que la conoció y enamorado, también, de sus hijos. De lejos, veía su trayectoria siempre ascendente. Pero luego, cerca, jamás dejaba de confirmar su amis-

tad a primera vista en sobremesas interminables. Era elegante incluso cuando andaba fachoso y racional incluso en medio de una charla de cantina; era poeta de versos encendidos y enamorado de la mirada imposible que jamás hemos de atrapar con la red de una palabra; era sarcástico e irónico, con una chispa instantánea por el mejor de los humores. Fuimos de pelos largos y luego gominas para parecer bien peinados; fuimos de bigotes como azotadores y llegamos a afeitarnos en fiestas aburridas. Fuimos oyentes de clases magistrales en la UNAM sin tener matrículas en orden y lectores de libros al vuelo en parques donde solían ligar los albañiles con las sirvientas.

Durante un lustro nos vimos todos los días, y la amistad se volvía admiración cuando Lujambio se convertía a menudo en maestro de profesores y dejaba de ser un simple compañero de banca. Juntos leímos miles de párrafos que curtieron la piel de nuestro criterio y animaron la ambición de nuestras propias tintas. Alonso me preparó para la vida con largas caminatas de tarde y madrugada en que la hermandad se vuelve peripatética y todo se enseña o se arregla hablando, con la ciudad al fondo en una nube verde de sueños compartidos, y un día que ya parecía noche me presentó a quien se convirtió en la mujer de mi vida y madre de mis hijos.

De lejos, de veras lejos ya, sigo admirando la sombra alargada del senador Lujambio, que mereció el aplauso de diferentes ideologías y partidos políticos al salir en hombros apenas al instante de partir plaza en el Senado de la República. Estoy convencido del inmenso bien que le quedó a deber el político Lujambio al país y a cientos de estudiantes que ahora no tendrán mejor asidero que leerlo. Me queda llorar y recordarlo. De cerca, parece que escucho a Alonso con las manos como sombras y la misma sonrisa elegante con la que contagiaba tanta vida. —